

semos en tanto país que no se miró jamás como perdido, a pesar de la fuerza desplegada en la represión externa, porque se sabía la existencia de una corriente ideológica pura y clarovidente. Pero cuando con fatalismo oriental se aceptan los hechos consumados se puede ya decir que se trata de algo muerto: muerte de una cultura, de una ideología, de un estado social y de una época. Y lo que en todo esto constituye la mayor tragedia no es la muerte misma—ella es en la historia un proceso lógico y necesario para la renovación y la marcha hacia la vida—sino en cuanto hoy, en América, no significa un desplazamiento. Tras de ella no se divisan sino las capas y capas de tierra destinadas a cubrirla. Y es natural: lo que desaparece es algo que no había aún madurado ni sufrido una depuración. No hubo tiempo de afirmar lo que se pudo desarrollar mañana. Y así también mañana vendrán todos los que olvidan que los problemas están relacionados con la hora a poner en pie lo que debió vivirse sólo ayer y que fué impedido por uno de esos paréntesis absurdos que sufren los pueblos y los hombres. Vivimos con demasiada inconsciencia y lentitud perdiendo el tiempo tras los eternos caminitos que no llevan a ninguna parte.—*Marta Vergara.*

POLITICA

LAS DICTADURAS, por *Francisco Cambó.*

La literatura política de lengua española debe al financista y político

Atenea.—34

catalán don Francisco Cambó muchas contribuciones importantes. *Las Dictaduras* (1), que es el último libro de Cambó que ha visto la luz pública, es un nuevo aporte, y no el menos valioso.

En doscientas cuarenta páginas el autor trata un tema vasto y que en realidad podría dar motivo para extensísimos tratados. La brevedad del trabajo impone al libro de Cambó un carácter un poco superficial que no invalida en realidad ninguna de sus afirmaciones pero que se le hace notar al lector por el natural apetito que éste siente de conocer más todavía sobre el candente asunto. Cambó no trata en particular en su libro de ninguna dictadura actual, aún cuando muy frecuentemente llegan hasta su pluma los nombres de Turquía y Mustafá Kemal, Italia y Mussolini, Polonia y Pilsudsky, Rusia y Stalin, y en contraste con ellos, España y Primo de Rivera. Para el autor la dictadura es un fenómeno aparentemente opuesto al devenir político de hoy, puesto que todos los movimientos constitucionales surgidos de la guerra (formación de nuevos países, emancipación de Irlanda, etc.) han significado, por lo menos en la letra de las disposiciones fundamentales, un «reverdecimiento de la democracia». En un capítulo titulado *En qué países aparecen las dictaduras* el señor Cambó toca la esencia del problema al estudiar, con estadísticas a la vista, los rasgos decisivos de los países europeos (son los únicos que entran en su panorama) en que la dictadura ha sentado sus reales.

(1) *Las Dictaduras.* Madrid, España-Calpe, 1929.

Al término de este estudio, que es impresionante, el señor Cambó dice:

Cuando los índices más expresivos de la fortaleza o la debilidad de un pueblo coinciden en atribuir la primera a los Estados regidos por instituciones democráticas y la segunda a los países bajo régimen de dictadura, creo que ya no puede dudarse un momento de que el hecho dictatorial no se puede atribuir al deseo de mayor encumbramiento de los pueblos fuertes; antes bien, aparece terminantemente como un fenómeno propio de los pueblos más débiles que es, o bien expresión de la misma enfermedad que produce su debilidad, o una reacción vital, heroica para salvarse de ella (págs. 67-8).

En el resto del libro el autor examina las causas del advenimiento de las dictaduras y llega muy a fondo en el análisis de desprestigio del parlamentarismo, que se ha proclamado en nuestros días. Breves páginas sobre Rusia, Turquía e Italia (págs. 101-22), que son lo más claro y compendioso del libro, acreditan al autor como un hombre de espléndida información política y de inmejorable criterio. Un criterio liberal, sin duda, como es propio de todo hombre mayor de treinta años:

Hoy día se da un caso paradójico: es más frecuente hallar más vibración de ideales en los hombres de más de treinta años, que en los que han formado su espíritu después de la guerra (pág. 95).

Pero en ningún caso un criterio que se niegue a la percepción de la verdad. El ambiente favorable a las dictaduras se ha producido por las causas siguientes:

La primera es la crisis del régimen parlamentario tal como se ha practicado hasta ahora este régimen. La segunda es la crisis de la democracia cuando a la noción de la democracia-derecho no acompaña la noción de la democracia-deber. Y la tercera es la oleada de materialismo egoísta que lleva consigo la crisis de los valores morales más esenciales (pág. 70).

De modo que para el señor Cambó, a pesar de su firme fe democrática—y tal vez por eso mismo—, el parlamentarismo no ha sido suficientemente entendido en ciertos países, de donde un funcionamiento incorrecto y el consiguiente descrédito en la fórmula parlamentaria. Por su parte, la democracia ha sido comprendida sólo como fuente de derechos, sin advertir que entraña difíciles deberes, entre los cuales seguramente el primero es la educación popular. Los países de Europa en que el porcentaje de analfabetos es más alto (Portugal, España, Rusia, Polonia, Italia) o viven sumidos en una anarquía que espasmódicamente tiene bruscos estallidos de dictadura y de demagogia o están sometidos a la tutela dictatorial.

Para el señor Cambó las dictaduras producen ciertos bienes, que analiza con claridad y agudeza, pero en cambio producen males más importantes, que pueden llegar hasta acarrear la postración completa del espíritu público de un país. Desde luego:

La dictadura no crea civismo, antes bien acaba con los pocos restos que de él pudieran existir.... (pág. 167); la dictadura estimula el egoísmo puesto que pone frenos y obstáculos a todos los impulsos generosos del ciudadano... (pág. 168)

y, en fin:

En la dictadura lo esencial no es el régimen sino el hombre que la encarna (pág. 180).

Lo cual tiene mucha más importancia de la que parece. El dictador, como hombre de iniciativa que es, anula a los demás hombres de su país e impide que haya la constante promoción de apasionados de la cosa pública que se observa en los países en que hay juego legítimo de las instituciones y el gobierno es cosa a que pueden aspirar los que se sienten con ánimo e iniciativas para ello. El señor Cambó prueba en forma espléndida esta aserción con el ejemplo de la dictadura de Porfirio Díaz en México. Díaz fué presidente durante más de treinta años, y al dejar el poder en 1911 no sólo no había en su patria persona alguna capacitada para reemplazarlo, sino que se notaba tal ausencia de espíritu cívico y constitucional que se inició la larga lucha civil que se ha prolongado hasta ahora— ¡por dieciocho años!—con toda clase de sangrientas alternativas.

En su conclusión, el señor Cambó dice:

De las dictaduras que hoy existen en Europa hay tres cuya continuación durante algunos años todavía me parece de universal interés. Son las de Rusia Turquía e Italia, que encarnan tres revoluciones trascendentales y que no han llegado todavía al término de su evolución para que la humanidad pueda sacar de ellas una lección definitiva (pág. 221).

El libro de Cambó se cierra con una impresión optimista. Lo ha escrito un hombre que tiene fe en los destinos del hombre y que pone por encima

de todo su credo liberal. La actual etapa de dictaduras le parece transitoria, para bien de la cultura humana, y cree que después de ella ha de venir una era de amplia comprensión de las instituciones democráticas en que se corrijan los defectos clásicos de ellas pero en que el hombre disfrute de consideraciones por el simple hecho de ser hombre, es decir, miembro de una colectividad racional y progresiva.—
R. Silva Castro.

LOS YANQUIS EN SANTO DOMINGO, por
Max Henríquez Ureña.

He aquí un libro que hacía falta pero cuya inutilidad me parece perfecta. Hacía falta porque toda la luz que se arroje sobre los incalificables procederes de los Estados Unidos en sus relaciones con los países americanos de habla española, y especialmente con los del Mar Caribe, es poca. El señor Henríquez Ureña cuenta en este libro lo ocurrido en su desdichada patria en el período más grave de su vida. Para fundamentar sus capítulos de acusación emplea una documentación irrefutable. Hijo del señor Henríquez y Carvajal, que fué Presidente de Santo Domingo en esa hora crítica, ha dispuesto de los archivos de gobierno y hasta de los originales mismos de las notas, proclamas y manifestaciones de toda índole a que dieron lugar los hechos.

Pero la inutilidad de este libro no es menor que su interés y que su importancia histórica. La situación existente entre los países hispano-parlantes y los Estados Unidos continúa la misma. Los primeros piden dinero